

Variaciones sobre el difícil arte de la transmisión

Mario Cámara

AGAMBEN. Giorgio. *Infância e história: destruição da experiência e origem da história*. Trad. Henrique Burigo. Belo Horizonte: Editora UFMG, 2005.

bre podía hacer y poseer. Al adquirir la conciencia una estructura dialéctica se vio condenada a un peregrinaje en el que la totalidad se encontraba siempre en un futuro inalcanzable. La, por momentos, furiosa prosa contra Adorno que despliega en “O príncipe e o sapo. O problema do método em Adorno e Benjamín” tiene allí su raíz. Identificado como un materialista vulgar, Agamben ajusta cuentas – a través de su figura –, sobre todo con un cierto marxismo y una cierta crítica cultural que no se ha detenido ha (a) reflexionar sobre el legado hegeliano que los nutre y sostiene.

Kant, Dilthey, Bergson o Husserl le van a permitir examinar críticamente los diferentes modos en que la filosofía intentó “textualizar” la experiencia. Mientras que a través de Benveniste deja establecida la relación entre subjetividad y lenguaje. Llega, de este modo, al núcleo de la definición de experiencia en su sentido trascendental: una experiencia como infancia del hombre. De un modo semejante al que Ernesto Laclau piensa los límites de la lengua para el funcionamiento de los significantes vacíos, la infancia para Agamben se encuentra irremediablemente adherida al lenguaje como límite interno y no externo. Y aunque no pueda ser aprehendida por este, es sobre él que ejerce sus efectos. Lo constituye y lo condiciona de modo esencial. Su presencia, muda y operante, denuncia no sólo la incompletud de la lengua, sino, y es esto tal vez lo más significativo, que instaura un hiato entre lengua y discurso, es ese lugar entre. En este sentido, la infancia es nada menos que la condición de posibilidad del tener lugar de la historia, su apertura. En un texto de 1989, “Idea del lenguaje I”, Agamben señalaba: “Mientras que la naturaleza y los animales están siempre cogidos en una lengua y, aun callando, incesantemente hablan y responden con signos, sólo el hombre es capaz de interrumpir, en la palabra, la infinita lengua de la naturaleza ...”. El operar de la infancia, en este sentido, nos permite abando-

En el prefacio de la reciente edición brasileña de *Infância e história: destruição da experiência e origem da história*, no incluido en la edición Argentina, Giorgio Agamben nos brinda una definición de experiencia que no admite ningún malentendido. Teniendo en consideración el programa benjaminiano de una filosofía por venir, la experiencia de que tratará el libro será una “experiencia trascendental”. Sin embargo, antes de intentar definir en qué consiste esa experiencia, quisiera recuperar el otro término que figura en el título y en el subtítulo del libro, “historia”, pues a partir de intentar reestablecer la relación que supuso Agamben entre uno y otro podremos vincular cada uno de los ensayos que componen el libro. En este sentido, resulta útil recordar una cita de Hannah Arendt, ubicada en un texto llamado “La brecha entre el pasado y el futuro” en donde señala lo siguiente: “El testamento, cuando dice al heredero lo que le pertenecerá por derecho, entrega las posesiones del pasado a un futuro. Sin testamento o, para sortear la metáfora, sin tradición –que selecciona y denomina, que transmite y preserva, que indica dónde están los tesoros y cuál es su valor –, parece que existe una continuidad voluntaria en el tiempo y, por lo tanto, hablando en términos humanos, ni pasado ni futuro: sólo el cambio eterno del mundo y del ciclo biológico de las criaturas que en él viven”. A partir de esta cita, en donde Arendt establece una relación entre tradición y transmisión, quizá debamos comenzar a leer la relación entre experiencia e historia como un desarrollo de aquel planteo. Reducido a

vivir una *nuda* vida, el hombre ha sido privado no sólo de experiencia, como señala Agamben al comienzo de su primer ensayo, sino también de historia pues una y otra se presuponen mutuamente. Podemos entonces decir que entre el fin de la experiencia y el olvido de la historia, se encuentra, rondando como un espectro, el resquebrajamiento de la transmisibilidad.

Pero veamos ahora qué quiere decir “experiencia trascendental”. En una operación que le es característica, Agamben dialoga con siglos de filosofía sin por ello caer en un fácil historicismo sino, por el contrario, ejerciendo una lectura activa que redefine y transforma lo que parecía destinado al cuarto en el recoveco. Recupera de esta manera la división medieval entre “esfera de experiencia” y “esfera de conocimiento” y extrae de ello una inquietante conclusión: en el programa de la ciencia moderna ya se podía detectar con claridad el proyecto de unir esas dos esferas, cuya consecuencia inmediata fue privar al hombre de experiencia. Apuntando de nuevo hacia la filosofía, Agamben se detiene con cierta parsimonia, tal como lo hiciera todo el posestructuralismo francés de los años setenta, a señalarnos lo que considera “el pecado original” y a su pecador, Hegel, quien funciona, de hecho, como la bisagra que consigue reconfigurar la noción de experiencia que Kant había logrado mantener en su problematización. Es aquí, mediante la identificación, a través del Sujeto absoluto, de la esencia del conocimiento con la experiencia, nos dice Agamben, donde se produjo la definitiva expropiación de la experiencia como algo que el hom-

nar aquello que Arendt señalaba que acontecía cuando la tradición desaparecía, el transcurrir de una simple temporalidad biológica. De este modo, desde lo que podríamos considerar una antropología "agambeniana", el hombre puede ser definido ya no como el animal que posee una lengua, sino como aquel que ha sido privado de ella, y que por esa misma privación, puesto que debe atravesar el largo camino que va de lo semántico a lo semiótico, es capaz, una y otra vez, de constituir una historicidad propiamente humana como condición básica de la transmisión. A ello se refiere el breve texto "Fábula e história. Considerações sobre o presépio", la fábula del pesebre como una imagen del instante en que la naturaleza vuelve a enmudecer y el hombre consigue adicionar esa segunda significación propia de nuestra lengua.

Siendo esta condición histórica y experiencial la que se encuentra actualmente destituida del proyecto filosófico dominante en la modernidad, Agamben considera necesario no sólo un diagnóstico, sino un trabajo filosófico de despejamiento, como el que delinea en el texto "Tempo e história. Crítica do instante e do contínuo", donde propone un nuevo modo de experimentar la temporalidad que escape a la percepción lineal y continuista inscrita en la tradición cristiana. En este ensayo, centrado también en la

figura de Hegel, Agamben articula y explicita las relaciones entre tiempo, historia y experiencia. El tiempo que debería instaurar la infancia del hombre es el de la discontinuidad y de un acontecer que rompa con un historicismo vulgar. Algunas de las figuraciones de ese despertar podemos leerlas en su bello libro *La comunidad que viene*. Sólo recuperando esta experiencia del tiempo se podrá recuperar el sentido perdido de la transmisión, afirma. En "O país dos brinquedos. Reflexões sobre a história e sobre o jogo" realiza un brillante análisis de la significación cultural del juego y el rito como constructores y destructores de historicidad, es decir como intento de instauración de una pura sincronía o una pura diacronía, en el equilibrio de estas dos fuerzas Agamben cifra lo que denomina la posibilidad de transmisión histórica.

De este modo, sin obviar la sombría apreciación sobre el presente que nos transmiten los textos, y que hace que por momentos el tono general adquiera una pulsión restauradora, podemos apreciar otra operación. Pues Agamben no sólo denuncia el hegelianismo de Adorno o la fragilidad de la cadena que transforma los significados inestables en estables, sino que, como hemos dicho, delimita y pone en valor aquello que debemos proteger para reconstruir las redes de la transmisión. La recuperación expli-

cita de Benjamin, la delimitación rigurosa de la infancia del hombre como una esfera trascendental y no lingüística, la recuperación de la glosa y el comentario, la inmersión en lo que se nos figura como la totalidad de filosofía occidental, desde Aristóteles a Roscelino y de Kant a Tomás de Aquino, forman parte no de una vana erudición, sino de un modo de lectura definido en el último texto del libro "Programa para una revista", como una mitología crítica, cuyo objetivo es deconstruir la naturalización del presente y la monumentalización del pasado. Una mitología crítica, definida también como filología crítica, es postulada como el espacio posible entre la cosa a transmitir y el acto de la transmisión. Se trata de una disciplina que necesita de la paradoja y la discontinuidad para construir sus conceptos, recogidos entre pliegues y sombras, y reincorporarlos a la corriente de una historia humana. Nos damos cuenta entonces que lo que habíamos definido como cierta pulsión restauradora es en verdad un trabajo de reanimación que sólo puede ser realizado desde el presente y para el presente y que eso es Giorgio Agamben, un pensador del presente.

Mario Cámara es profesor en la Universidad de San Andres y en la Universidade de Buenos Aires.



livros/libros

Um saber do presente

OLIVEIRA NETO, Godofredo de. *Menino oculto*. Rio de Janeiro: Record, 2005.

Tudo é presente, professor, estamos na época da Internet, dos eventos simultâneos, não tem mais a história do saber cumulativo, gradual, entende? Só louco não entende, professor, só louco.
Menino oculto

Um saber do presente, com sabor de punhais e pincéis, de sangue e tinta, acre e doce. É este o saber do ro-

Reinaldo Marques

mance contemporâneo, pós-moderno, que nos descortina Aimoré, personagem de *Menino oculto*, o novo romance de Godofredo de Oliveira Neto. Pintor falsário formado em Belas Artes e professor de literatura, leitor e espectador voraz, Aimoré vive de saquear a tradição artística e cultural:

falsifica quadros, a exemplo do *Menino morto* de Portinari, roubando sua assinatura; escreve textos com frases de outros autores, citando-os muitas vezes sem se dar conta; envolve-se em assassinatos por conta do negócio de quadros falsificados. Internado num hospital psiquiátrico, Aimoré relata suas aventuras e fantasias ao professor Albano, seu ouvinte-leitor, que procede à gravação de suas histórias. Essas histórias compõem uma narrativa extremamente fragmentada, mas que o autor domina com rara perícia.